

# Presidentes y psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

-Segunda parte-

EN 1913 el psiquiatra y filósofo argentino José Ingenieros publicó un libro al que intituló "El hombre mediocre", donde señala: "Los espíritus elementales y de poco vuelo sustituyen fácilmente al idealismo por la superstición. En cambio, los superiores requieren de la crítica y de la inconformidad para elevarse en su anhelo a la perfección". Según este autor, el hombre mediocre es el que permanece en la línea media dándose en todas las clases sociales y constituye la porción inmensa dentro de las colectividades, las cuales pueden elegirlo llevándolo a la cumbre. En varias partes de la obra el escritor argentino nos dice que el hombre mediocre carece de sello y vegeta moldeándose al medio que le rodea y cita a Césare Lombroso, quien le adjudica las siguientes características: "buen apetito, ser trabajador, ordenado, egoísta, aferrado a las buenas costumbres, paciente y hasta respetuoso. El mediocre no se produce por culpa suya y por lo tanto su conducta es legítima, suele ser conservador, rutinario, organiza lo vulgar y requiere constantemente de la emulación".

En uno de los últimos capítulos Ingenieros se burla de las democracias: "los partidos políticos están compuestos por sujetos serviles que merodean alrededor de los Congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazcos. Los deshonestos son legión, asaltando los parlamentos para entregarse a lucrativas especulaciones. Venden su voto a las empresas que muerden las arcas del Estado, prestigian proyectos de grandes negocios con el erario cubriendo sus discursos a tanto por minuto. La creación de este clima lleva consigo el triunfo de las masas dirigidas por charlatanes".

Una buena parte de lo que se señala Ingenieros ha sucedido en México durante los últimos 30 años, en los cuales el poder ha sido ocupado por personas que no nos han llevado a un mayor bienestar.

Al finalizar el periodo presidencial de López Mateos se hablaba en el mundo del "milagro mexicano", dado que la inflación era menor al 2% y los salarios aumentaban a razón del 8% anual. El elegido para ocupar el poder fue don Gustavo Díaz Ordaz, quien procedía de San Andrés Chalchicomula en Puebla, siendo hijo de un padre exigente, rígido y enérgico que lo obligó a estudiar sin descanso hasta que se graduó como abogado en 1937.

A partir de entonces Díaz Ordaz siguió la carrera política convirtiéndose primero en diputado y después en senador. López Mateos lo nombró secretario de Gobernación, puesto que desempeñó con acierto y decidió que ocupara la Presidencia. El 1o. de diciembre de 1964 inició su mandato y entre las primeras medidas que tomó fue fotografiar detalladamente al país con el objeto de fomentar el desarrollo agropecuario. Un aspecto que demuestra su carácter lo constituyó el nombrar a Carlos Madrazo como presidente del PRI para transformar al partido en una entidad

democrática. El político tabasqueño intentó realizar la tarea, pero al poco tiempo fue cesado el experimento reformista y pereció en un sospechoso accidente aéreo.

En 1968 México organizó los XIX Juegos Olímpicos, lo que trajo protestas entre los grupos estudiantiles porque su porvenir era incierto y el excesivo gasto resultaba una incongruencia para una nación que acabada de despegar económicamente. Al principio no se concedió mayor importancia a la inconformidad, la cual se daba en otros países del mundo y el Movimiento perdió fuerza, pero inesperadamente el 2 de octubre de ese año ocurrió la matanza de Tlatelolco donde perecieron maestros, alumnos, periodistas e individuos ajenos a la situación. El asesinato horrorizó al mundo y demostró que en México no se vivía en la jauja que se pretendía.

La pregunta que la gente suele plantearse es: ¿Cuál pudo haber sido el motivo para una reacción tan destructiva? La respuesta es que Gustavo Díaz Ordaz era de un carácter pasivo-agresivo, o sea, una de esas personas que permanecen impasibles, frías, inertes y casi inmóviles a lo largo de un periodo de tiempo hasta que de repente explotan con una hostilidad inusitada y no toman en cuenta la consecuencia de sus actos. Lo anterior lo vimos en su posición amigable hacia Madrazo y después frente al movimiento estudiantil hacia el cual se mostró desinteresado al principio para estallar en forma inmisericorde el 2 de octubre.

Podríamos concluir que Díaz Ordaz debe haber reprimido el odio hacia su padre que le impedía cualquier goce y terminó lanzándoles dinamita a los maestros (figuras paternas) y a los estudiantes (sus propios hijos). Otro elemento que puede haber influido en su desarmonía era la extrema fealdad que presentaba, la cual provocó su resentimiento contra un mundo que le proporcionó un físico desagradable.

A Díaz Ordaz le siguió en la Presidencia otra persona sumamente problemática y me refiero aquí a don Luis Echeverría, hijo de un empleado secundario de la Secretaría de Hacienda, y de una madre, como aquella con la que posteriormente se casó, o sea, que mandaba en el hogar. Nuestro personaje se graduó de abogado y realizó una carrera política lenta hasta que su predecesor lo nombró secretario de Gobernación y después candidato a Presidente.

Al iniciar su régimen Echeverría trató de restañar las heridas del anterior sexenio y se dedicó a recuperar para el gobierno a los líderes estudiantiles de 1968. Para conseguirlo hipertrofió sin medida alguna a la burocracia pasando de 826,000 a 1,315,000 empleados públicos, la mayoría de los cuales no tenían función alguna e incrementaron la corrupción. Por otra parte, este Presidente que afirmaba simpatizar con los estudiantes también organizó su matanza el 10 de junio de 1971, fecha a la que se conoce como "El jueves de Corpus".

Lo más divertido de Luis Echeverría, quien creía firmemente en su labor trabajando desde las 8 de la mañana hasta la media noche, era que solamente se escuchaba a sí mismo sobre el tema que por lo repetitivo se convirtió en el hazmereír de la gente, planteando constantemente que los países del Tercer Mundo eran las víctimas de los de

Primer Mundo. Entre las ideas delirantes que provocaron una juerga generalizada está aquella en la que aseguró que los aviones meteorológicos de los Estados Unidos se llevaban nuestras nubes, por lo que se producía una fuerte sequía en el campo.

El incremento monstruoso del presupuesto y el aumento de la deuda externa ocasionó una quiebra que nos llevó en septiembre de 1975 a una inesperada devaluación cuando llevábamos 22 años de una enorme tranquilidad económica y un crecimiento moderado.

Psicológicamente Luis Echeverría fue una especie de megalómano con excesivo interés hacia su persona. También padecía de una monomanía con una idea fija que reiteraba sin cesar provocando nuestra hilaridad porque ya sabíamos de antemano lo que nos iba a decir. Además era bastante falso presumiendo de inclinación hacia el socialismo, lo que no obstó para que acumulara una gran riqueza, lo cual no coincide con los ejemplos de Marx o de Lenin. Poseía una vejiga privilegiada pudiendo hablar a lo largo de diez horas sin necesidad de levantarse para ir a orinar.

Como consecuencia del periodo accidentado que vivimos súbitamente surgió un Presidente de gran coherencia y una capacidad intelectual aparente. Cuando en su discurso de apertura se le saltaron las lágrimas pidiendo perdón a los pobres, muchos tuvimos una sensación de descanso y alivio. Además contrastando con las ideas de grandeza de su predecesor, con modestia pidió que le tuviéramos fe y le concediéramos tiempo. Fue así como pocos nos dimos cuenta de que existía una seducción falsa detrás de estas palabras y le proporcionamos el factor temporal que nos había solicitado.

José López Portillo fue compañero universitario de Echeverría en la Escuela de Derecho, quien durante su mandato lo nombró secretario de Hacienda. En realidad su familia guardaba oculta las partes negativas, como el Huertismo de su padre, la dependencia hacia la madre y hermana, un mal matrimonio e inseguridad de lo que valían sus propios hijos desarrollando el orgullo del "nepotismo". Sin embargo, ninguno de estos problemas fue mayor al principio cuando el Fondo Monetario Internacional impuso medidas a México controlando la economía desde 1975 hasta 1978. Desafortunadamente en cuanto López Portillo se liberó de esa intervención sobrevino la tragedia pidiendo préstamos sin medida con la pretensión de que teníamos una riqueza petrolera incommensurable. Incluso los desastres en su extracción se convirtieron en bellas metáforas y cuando el Ixtoc inundó de hidrocarburos al Golfo de México, el Presidente nos habló de Tezcatlipoca saliendo del fondo del mar.

Con estos engaños se aumentaron los créditos a niveles escandalosos y de repente el 1 de septiembre de 1982, cuando faltaban tres meses para dejar el poder, López Portillo nacionalizó la Banca y estableció el control de cambios, dejando el país de pagar un préstamo por diez millones de dólares.

¿Cuál es el carácter de López Portillo? En mi opinión se trata de un histérico, o sea, de uno de esos sujetos que tratan siempre de representar papeles abultados e inauténticos. Es así como en las fotografías lo vimos absurdamente de: charro, tenista, boxeador, jinete, etc. En "Mis Tiempos", el Presidente trata por todos los medios de demostrar

que vale más que sus aptitudes, capacidad, origen y posición social, pretensión que tiene que haber partido de su insuficiencia en la vida real. Las emociones en López Portillo, hombre excesivamente narcisista, eran siempre falsas, por ello lloró por los pobres tanto en su discurso inaugural como en el último de su periodo, pero ya aquí no caímos en la trampa y lo sentimos grotesco.

Difícilmente podrá hallarse un sexenio con mayores problemas que el que operó a lo largo de la presidencia de Miguel de la Madrid, economista que fuera secretario de Programación y Presupuesto durante el gobierno de López Portillo. Este hombre arrastró una tormenta que lo llevó a sucesivas devaluaciones sin encontrar remedio alguno, pues el peso quedó nulificado a 2400 por dólar. Para colmo, a De la Madrid le tocó el terremoto de 1985, acontecimiento que arruinó más al país y todo ello lo sobrepasó aunque evitara los escándalos a que tan propensos fueron sus antecesores, mostrando una pasividad marcada.

Un engaño es la falta de verdad en lo que se dice, hace, cree o se piensa y en dos ocasiones consecutivas el pueblo de México ha sido burlado. La primera fue cuando López Portillo nos aseguró que extrayendo petróleo administráramos la riqueza y la segunda cuando Carlos Salinas de Gortari estableció que las inversiones extranjeras traerían la abundancia. Esta última pretensión, atrayendo capitales extranjeros con intereses disfrazados que no correspondían a la realidad de la producción, hizo que el dinero volara dejándonos en la ruina.

El culpable de esta quiebra fue el penúltimo Presidente que nos ha deparado el PRI. Carlos Salinas subió al poder después de dudosísimas elecciones y una vez que lo adquirió se volvió un déspota incorregible, decidiendo en su delirio (ideas persistentes hacia las cuales no sentía la menor ambivalencia) cuanto acontecía en el país. Así depuso gobernadores, trató de destruir al PRD como partido de oposición y al final se murmura que participó en los asesinatos políticos recientes, sucesos en los que estuvo involucrado su hermano.

Carlos Salinas procedía de un funcionario que perdió sus aspiraciones de lograr el poder hacia los años 70, pero que llevó a su hijo a lograrlo. En el fondo este Presidente desarrolló un cuadro paranoide con "proyecciones" (ponía en los demás lo que estaba en él) e ideas megalómanas al sentirse el centro del mundo. Su final ha sido más patético que el de López Portillo porque es repudiado por casi todo el país fugándose al extranjero.

Psicológicamente el cuadro clínico de Salinas se inició en la infancia cuando murió una sirvienta a consecuencia de un balazo en los juegos que practicaban los hermanos. En lugar de que los padres les hicieran sentir la culpa se les dejaron algunas morales profundas de tal manera que carecieron de conciencia ética y Raúl se ha enriquecido de una manera descarada e ilegal a la sombra del poder. Por lo tanto se podría concluir que se trata de individuos psicopáticos con fuertes rasgos paranoicos.

Es difícil opinar en este momento del actual presidente Ernesto Zedillo, puesto que no ha transcurrido ni siquiera la mitad de su sexenio, por lo que podemos afirmar que los presidentes de México no han constituido seres con la suficiente capacidad psicológica para llevar al país hacia los fines que todos deseamos.